

zavalla, con z

diana bellessi

Tengo cinco años y estoy en la chacrita cuyas tierras alquilaron mis abuelos cerca de Zavalla, mucho antes de mi nacimiento, cuando mi padre era un niño y la nona Palmina todavía estaba viva, y la tía Asunta también. Protegida por el decreto peronista que prohibía echar a los arrendatarios, o aumentar excesivamente los costos del alquiler de tierras, toda la familia paterna vivió muchos años allí. Habían construido la casa con sus propias manos, el galpón y los corrales; la larga casa chorizo con todas las piezas dando a una galería y al jardincito que cuidaban las mujeres, perfumado por las glicinas y las azucenas. Al fondo, a la altura del dormitorio de mis padres, donde dormí hasta los siete años, estaba la bomba manual que proveía de agua a toda la casa. En el

otro extremo la cocina y la despensa, y una especie de comedor que se usaba en la primavera y el otoño, cuando había mucha gente y el clima no daba aún para comer en la galería. Los baldes de agua iban y venían por la larga galería, desde la bomba a la cocina, en las manos de las mujeres de la casa. Ellas se levantaban por turno a la una de la madrugada para hacer el café a los varones, que ordeñaban a esa hora las vacas cuando la familia tenía un pequeño tambo; volvían a desayunar a las cinco, con bifés y huevos como si fuera un almuerzo en la habitación caliente por la cocina a leña donde las mujeres lo habían preparado. A esa hora, en la jardinera tirada por uno o dos caballos, la leche iba hacia la ruta, metida en los tachos de aluminio que refrescaban en el tanque australiano mientras ordeñaban las vacas, y un camión la cargaba hacia Rosario. La calidez y el olor de esa cocina eran maravillosos para la niñita que, a veces, se despertaba en medio de la noche y buscaba a su madre corriendo por la galería en camisón y tiritando de frío cuando la escarcha helaba los baldes de

agua y el amanecer mostraba la blancura quemante, la belleza sin fin de las heladas.

Recuerdo a mis dos tías mujeres, Pía y Bertina, solteras aún, y que habían hecho de padre y madre cuando mi mamá estuvo largamente internada por una operación; y a mi tío Pedro con su mujer, Emma, el Chacho y la Chiquita, los dos primos que estudiaban internos en colegios de curas y de monjas, pero que venían durante las vacaciones, y a mi tío Tito, el menor, con su risa clara. Qué decir de Rogelio, un peón que dormía en la casa y a quien quise tanto, me enseñó, junto con mi papá, a montar la poni que él me había regalado cuando tenía dos años; tocaba la flauta Rogelio, y cuando alguna nota fallaba y tenía que comprarse otra, me regalaba la fallada a mí, y yo la cuidaba como un tesoro precioso; más tarde, el compañero de su mamá me enseñó a tocar la guitarra, a eso de los doce años. Y cómo no recordar al nono Nazareno, bajito y con sus enormes mostachos, un poco rezongón, aunque nunca conmigo porque

me adoraba; trabajaba de la mañana a la noche en esa quinta que a mí me parecía enorme, y que daba frutas y verduras el año entero. Tenía, al costado de la quinta, un predio de cañas para las trojas, y también para amarrar los tomates y las chauchas; un predio como un bosque, adonde si uno entraba podía perderse y jugar ahí, a solas, como si estuviera en la selva del Mato Grosso buscando a su madre, igual que Bomba; o en las selvas indonésicas como los Tigrecillos de Mompracén; juntar huevitos de pájaros y comerlos, o guardarlos si las cáscaras eran de bellos colores. Entraba con la espada de madera que me había hecho mi abuelo Manuel, el padre de mi madre, que vivía en el pueblo y tenía herramientas de carpintería, como si entrara a paisajes de ensueño donde todo era posible, y el único límite lo marcaba aquello que podía imaginar. Las sandías en verano, levantadas a la hora de la siesta y quebradas sobre una piedra sólo para comerles el corazón, la parte más roja y dulce; hacíamos esto con mi madre, y el resto se lo tirábamos a los chanchos, que estaban atrás, en el

chiquero. Qué fiesta aquella, y qué fiesta la faena, de vuelta ya al invierno, con la matanza de los animales. Duraba varios días y venían incluso otros tíos y primos a trabajarla. Primero el alarido de los chanchos cuando eran degollados como Cristos en la cruz. Manaba la sangre hacia los fuentes y los baldes de zinc, y las fogatas ardían a un costado de la casa con enormes cacerolas donde hervía el agua para pelarlos, y había esa alegría de trabajar todos juntos el día entero, abriendo primero los chanchos y recogiendo las vísceras, algunas de las cuales se comían, junto con la sangre saltada en sartenes sobre las fogatas, al almuerzo del primer mediodía. Y después picar la carne para los chorizos de diversas clases, salar y embutir las bondiolas y los jamones que colgaban el año entero desde ganchos en la despensa de la casa. Aquella fiesta de invierno era tan larga y tan importante como la semana de Pascuas. Charlan y ríen mis parientes, y mi mamá se canta un tango, un candombe de Homero Manzi después, ese que interpretaba Alberto Castillo, *Pena mulata / que se desata / bajo*

la bata / de broderí, y también los Doce cascabeles, haciendo el pasito del pasodoble desde la res hasta la cacerola de una fogata...

Este es un recuerdo suntuoso: tendría dos años, o tres, es una mañana de septiembre y brilla el sol sobre las cosas. Mi mamá me despierta y me lleva en brazos a los fondos de la casa; siento su olor, su calidez; allí me dice dulcemente «voy a mostrarte qué es la primavera». Me señala las flores de paraíso y me hace sentir su perfume, la tibieza del sol y la frescura de la sombra, y bailamos apretadas una en otra bajo el cielo de la primavera. Sobre un árbol que aún no había brotado, se posaban decenas de jilgueros. Fui feliz, el momento más feliz de mi vida, y en el ritmo y el silencio del amor de mi madre se selló mi destino de poeta, canté en mi corazón.

Tengo cinco años y estoy afuera, al oeste de la casa, cerca de las trojas de maíz cuando se combinaba la agricultura con el tambo, y ya se recogió la cosecha y

ahora hay un silencio en la casa, porque ya se fueron los peones golondrinas que, junto con la familia, recogieron a mano el maíz de los potreros, cada uno con su maleta caminando lento por los surcos, las manos con llagas y la columna doliendo mucho después de ocho o diez horas de trabajo. Por la noche comíamos juntos y dormían en los galpones. No sé cómo sacaban la guitarra con las manos así, pero la sacaban. Y se oían las coplas norteñas a veces matizadas con palabras en quechua, o algún chamamé correntino con el sapucaí que dolía de alegría o de dolor, dolor de la pobreza y la ausencia que se lanzaba al aire luego de algún vino tomado por la noche. Cuando llovía, en la larga espera antes de salir de nuevo a los potreros, la canción era interrumpida por aquellas historias, aquellos cuentos de aparecidos que hacían que después me despertara a las tres de la mañana y saliera corriendo a buscar a mi madre por la galería. La cruz de sangre en la casa de los Montechiarini, por ejemplo, esa que no se borraba con nada, ni aun sacando el revoque o los ladrillos; volvía a aparecer constante-

mente y la gente que iba de visita veía luces y figuras, sentía ruidos de cadenas por la noche. Pero cómo se aquerenciaba una con estos golondrinas a los que, a lo mejor, ya no volvería a ver. Me regalaron el inmenso mundo de la copla y del relato folclórico también, mezclado con los cuentos que venían de la cocina y de los establos de la vieja Italia, traídos por mis abuelos y mis tías, cuyos fragmentos fueron pasados a mi padre en su niñez. Cuando hace más de veinte años encontré aquel libro de Italo Calvino, una recopilación de cuentos populares italianos, sentí un golpe en el pecho: había recibido muchas esquirlas de esos relatos en la voz de mi padre y de mis tías. A la pobreza le gusta juntarse entre sí, como a la riqueza. Y es a estas voces, y a la visión melancólica del campo, a quienes les debo la herencia del lenguaje.

Al oeste de la casa, sí, de donde se ve ponerse el sol tan triste y bello del otoño y esa luz lo baña todo en el silencio hasta volverse nacarada y una sombra surge desde abajo para cubrir el cielo, todavía claro, con la